

Helen C. Rogye



LA BRUJA DE LOS ZAPATOS

ROJOS

LA BRUJA DE LOS ZAPATOS ROJOS

HELEN C. ROGUE

Copyright © 2013 Helen C. Rogue

All rights reserved.

ISBN: **1492909238**
ISBN-13: **978-1492909231**

A mis abuelos Joaquín y Carmen (sé que os hubiera gustado conocer esta faceta mía.)

CONTENTS

1	CAPÍTULO 1	7
2	CAPÍTULO 2	13
3	CAPÍTULO 3	23
4	CAPÍTULO 4	29
5	CAPÍTULO 5	39
6	CAPÍTULO 6	51
7	CAPÍTULO 7	61
8	CAPÍTULO 8	67
9	CAPÍTULO 9	75
	Agradecimientos 81	

CAPÍTULO 1

—Puta maniaca obsesiva de la limpieza y el orden —comentaba Marcos por lo bajo mientras entraba en la cocina, haciendo girar a los empleados que se afanaban por preparar el servicio de ese día. Como todo empresario que se precie, luchaba incansable por sacar adelante su negocio. Trabajaba duro. Era siempre el primero en llegar y el último en irse a casa. Quizás por eso no disponía de tiempo suficiente para su vida personal, que quedaba relegada a un segundo plano.

A veces flirteaba con las clientas, que le lanzaban miradas lascivas desde la otra punta del comedor. Algún encuentro fortuito a la salida del local, pero nada más.

Sin embargo, sí había alguien que le rompía los esquemas. Que le hacía despistarse en los pedidos cuando andaba por allí con aquellas piernas infinitas: Ariadna. Y no era únicamente por aquellas piernas, enfundadas en unas sexys medias de red, no. Le ponía nervioso por lo arpía que era. Porque lo era, de eso se dio cuenta la primera vez que la vio.

Ari tenía la capacidad de transformar su carácter dependiendo de la compañía con la que se encontraba. Si bien era una persona dulce y amable en su entorno familiar, su trabajo la obligaba a comportarse de un modo más severo. Era la supervisora de una cadena de restaurantes de lujo, y debía tratar a todos los franquiciados por igual, pese a que algunos la sacaran de quicio. Y es que Marcos no le era indiferente. Hacía años que lo conocía, y aunque al principio, la relación fue cordial, incluso amistosa, hubo algo que cambió por completo aquella cordialidad.

Se conocieron una calurosa mañana de agosto. A eso de las diez, Ari se presentó en el local, en su primera semana de trabajo en su nuevo puesto: supervisora.

Empezó en el negocio como todos, desde abajo. Primero fue camarera; más tarde, cuando los jefes vieron su potencial, le propusieron unirse al equipo administrativo y gestionar todo el departamento de compras de la empresa. Pero Ari echaba de menos el trato con la gente, así que, finalmente consiguió un cambio.

Ataviada con su mejor sonrisa y sus zapatos de tacón, se puso el mundo por montera y levantó la barbilla. Respiró hondo y tocó el timbre, mientras guardaba las gafas de sol y se peinaba un poco. Segundos más tarde se abría la puerta.

Marcos preparaba los manteles y demás utensilios que utilizaría aquel día. Era algo rutinario. Por eso se sobresaltó cuando escuchó el timbre de la entrada principal del restaurante. Guardó el último mantel, cogió la camisa que descansaba en el respaldo de una de las sillas del comedor y se la puso encima de la camiseta. De esa guisa se acercó a la entrada. Pero no se esperaba el espectáculo que estaba a punto de presenciar.

—Buenos días. Lo siento, pero aún no hemos abierto —comentó Marcos mientras abría la puerta y repasaba a la mujer castaña, de arriba abajo. “Guau...”

—¡Oh, sí! Lo sé, perdón —se disculpó algo incómoda—. Quizás debería haber llamado. Ariadna Palma —dijo tendiéndole la mano—. La nueva supervisora.

Marcos se sorprendió ante aquel cambio. Pero no le importó en absoluto. Rubén, el antiguo supervisor, era un auténtico gilipollas. Sin contar con el cuerpazo del pibón que lo miraba con la cabeza ladeada intentando descifrar sus pensamientos. Castaña, metro setenta y cinco... Aunque era una chica del montón, tirando a interesante —como él solía decir— le llamó muchísimo la atención el semblante de la muchacha. Parecía salida de una película de Disney. *Coño, era Bambi* pensó Marcos en cuanto vio aquellos ojillos dulces

que lo miraba con aprobación. Y Bambi necesitaba cariño, y él tenía de eso para dar y regalar... si se dejaba, claro.

—Encantado, encantadísimo —susurró repasando las curvas que se le presentaban delante de sus ojos. Le tendió la mano y una chispa hizo que la retirara de inmediato. *¿Qué había sido eso? ¿Calambre?*

—¡Auch! —se quejó Ari, frotándose la palma.

CAPÍTULO 2

Aquel fue el primero de muchos otros encuentros. Quizás ella visitaba aquel local con demasiada asiduidad, y a lo mejor Marcos se había dado cuenta. Pero no les importaba, a ninguno de los dos. La química era perfecta. Muestra de ello eran las continuas miradas y caricias que se procesaban ambos, así sin importancia. Era algo de lo más normal para ambos.

Él buscaba la mínima oportunidad para tener contacto físico —menor del que le gustaría— con ella: roces en el comedor, tropezones con las sillas, alguna que otra confesión que la hacía reír...

Y Ari se dejaba querer. No es que estuviera especialmente falta de cariño. Ella tenía sus aventuras por ahí. Amigos que le servían lo mismo para un roto que para un descosido. Pero con Marcos había una atracción sexual muy fuerte. Aunque ella no le daba pie a algo más, pese a que él lo intentaba, una y otra vez.

—Sshhhh, Ari —susurró desde el almacén—Ariadna.

Ella le buscó con una sonrisa en los labios y entrecerró los ojos. *¿Qué estaría tramando?*

Marcos la instó a que lo siguiera al almacén. Ella dejó sus cosas en la cocina y se acercó.

—¿Dónde estás? No veo nada —preguntó adentrándose en la oscuridad de la estancia.

Marcos la esperaba para acorralarla de una vez por todas.

—Es difícil tenerte a solas aunque sea un momento —dijo él a su espalda.

Ella se giró riendo, mientras movía los brazos, buscando notar el frío el

de la pared. Se topó al fin con algo duro: el pecho de Marcos. Intentó retirar las manos como si volviera a darle calambre, como aquella primera vez, pero él se lo impidió, y la empujó con cuidado hasta tocar la pared, cortándole a su vez el paso y cerrando la puerta.

—¿Qué haces? —pregunto algo nerviosa.

—¿Que qué hago? Como si no lo supieras —murmuró acercándose peligrosamente a su cuello.

—Marcos...

—Ari... —susurró aún sin rozarla.

—Marcos...

—Así nos podemos tirar toda la mañana. Sé cómo me llamo y tú también.

—Marcos, por favor —intentó apartarlo, sin éxito, mientras un ramalazo de placer le recorría la columna desde abajo.

El hombre se separó un momento sin soltarle la cintura. Las manos le habían ido a parar allí como si temiera que fuera a escaparse, aunque, de hecho, eso es lo que ella precisamente quería hacer. Ambos acostumbraron sus ojos a la penumbra de la estancia.

—No es tan grave —dijo quitándole importancia—. somos adultos ¿no? Y creo que te ha quedado claro que me gustas. Y a mí me queda claro que yo también te gusto —acercó de nuevo su boca al lóbulo de la chica y susurró, provocándola—: ¿no?

—Aquí no...—alcanzó a decir ella entre jadeos.

—Dame un beso —le ordenó posando su frente sobre la de la mujer.

Ari notó el aliento cerca de su boca.

—No.

—Me vas a matar de dolor de huevos que tengo desde hace meses, mujer —gruñó pesaroso, separándose—. Dame un puto beso, no seas mala —rogó.

—No...

Un llanto lastimero —y ficticio— salió de Marcos, provocándole a Ari una carcajada. Se separó unos centímetros y volvió a posar su frente, ahora sudorosa, sobre la de Ari.

Le provocaba. Ella no lo sabía, era algo inconsciente, pero Ari le provocaba. Era escuchar el roce de aquellas piernas al caminar a su lado, y todo su cuerpo se tensaba de inmediato. Era notar una mano en su brazo para

que la dejara pasar o le prestara atención y todo su cuerpo reaccionaba a aquel roce, provocando un tirón en aquella zona de su anatomía que luchaba por tenerla debajo suyo. *¿Por qué? Tampoco es tan atractiva. Es una chica corriente.* A lo que él respondía a “Pepito Grillo”:

—*No es el qué, es el cómo...*

Salió de su ensoñación y dijo:

—Mañana...

—Mañana ¿qué?

—Vienes a cenar, yo invito, y después nos vamos a dónde tú quieras. Si quieres pasear, paseamos, si quieres hablar, hablamos, si quieres fo...

—¡Marcos! —le reprendió ella antes de que acabara la frase, dándole un toque en el hombro y zafándose de él.

Marcos volvió a cogerle la cintura para que no se fuera.

—Vale, eso ha estado fuera de lugar. Pero es que... entiéndeme... no puedes pasearte con esas medias por mi comedor y pretender que no me inmute.

—El resto ni me mira —se quejó.

Pero él se muere por tus huesos. Eso era lo que a ella le gustaría, pero Marcos era demasiado sexy para fijarse en una chica corriente como ella. Nunca había destacado por su belleza. Sí, había tenido relaciones con chicos bastante guapos, pero Marcos era... el perfecto imperfecto. Sí, aquella era la definición. Con el pelo moreno y unos ojos negros como el carbón, seducía con aquella mirada pícaro que tenía. No era el hombre más guapo del planeta, pero tenía un cuerpo muy definido. La expresión de su cara, siempre divertida, contrastaba con su pose de malote de película. Y aquello era algo que le rompía los esquemas.

—Eso es porque tienen prohibido mirarte— respondió él.

—Habrás sido capaz... —rio sorprendida.

—¡Oh, sí! Créelo. Yo les pago —bromeó.

Se quedaron unos segundos callados, muy cerca uno del otro.

—Vale... —claudicó Ari.

—¿Me vas a dar un beso? —se separó de ella y levantó los brazos en señal de victoria— ¡Qué momentazo! —Ella aprovechó aquel momento para

zafarse de él y abrir la puerta. Pero antes que de pudiera alcanzar la salida, Marcos atrapó su mano y acarició el dorso mientras ya, con algo de claridad, la miraba a los ojos esperanzado.

—Te espero...

Y estuvo, claro que estuvo, pero el restaurante tuvo el día más complicado de toda su existencia. Al final, muy a su pesar, Marcos pidió un taxi, y disculpándose con ella la envió a casa. No hubo beso, ni risas, solo trabajo, complicaciones y otro dolor de huevos monumental. Porque aquella noche ella se había vestido para la ocasión: si creía que solo podía lucir sexy con aquellas medias, estaba totalmente equivocado. Aquella noche un vestido largo y ceñido insinuaba la figura que Marcos se iba a perder. Un escote pronunciado que poco dejaba a la imaginación hacía las delicias de la sala. No hubo hombre que no se girara al contemplarla partir hacia la puerta de salida. Y eso fue lo que más le dolió, incluso más que los huevos.

Ari realmente esperaba que aquella cita fuera la primera de muchas otras. Pero en cuánto entró en el local y vió la gran cantidad de trabajo que había aquella noche, supo que no llegaría a buen puerto. Marcos podría haber delegado en Carlota, su persona de confianza, pero él prefirió —como siempre— supervisar todo. Y se había olvidado de ella por completo.

Aquella decepción provocó en ella un cambio de actitud. Tornó su semblante más severo y evitaba todo contacto con él. Incluso más de una vez se saltaba la visita obligada con excusas, o hacía ir a Marta —su mejor amiga, y compañera— por ella.

Marcos intentó en vano otra cita, a lo que ella se negó en rotundo. Él estaba demasiado involucrado con el trabajo y ella no era una cita de una noche con la que retozar durante horas y después, si te he visto no me acuerdo. Ella quería algo más.

Pero no podía evitar mirarlo cuando lo tenía cerca, y había días que creía que las fuerzas iban a flaquearle e iba a rogar por aquel beso que había estado esperando durante meses. Pero luego su “Pepito Grillo” particular, le decía que ella se merecía alguien que le prestara atención, y Marcos no era ese alguien.

Pero “Pepito Grillo” estaba dentro de su cabeza y no de su corazón y de

su estómago, que siempre se ponían de acuerdo para agitarse cuando él se cruzaba en su camino.

Estuvo a punto de sucumbir de nuevo a los encantos de Marcos, vaya si lo estuvo. La suerte es que nunca estaban solos, y en eso se escudaba Ari y se maldecía Marcos. Alguna vez intentó meterla de nuevo en el almacén, pero ella se las apañaba para no estar cerca en ese momento.

Así que pasó al plan B: flores.

A su casa, a la oficina, incluso un día le dejó una rosa en su ventana. Menos mal que ella vivía en un bajo.

Ari estaba entusiasmada, pero lo evitaba y no quería que él se diera cuenta del “enchochamiento” que sufría por sus atenciones. Así que su semblante en el trabajo no cambiaba. Iba a continuar en su papel, y que él se lo currara más. Quería ver hasta dónde era capaz de llegar por lograr sus atenciones. Y no es que fuera vanidosa, era algo personal. Una tenía su orgullo.

CAPÍTULO 3

—Buenos días.

—Buenos días —dijo Ari apoyada en el mármol, sin levantar la vista de su tablet.

—Oye, ¿podemos hablar luego? Me gustaría que dejaras de evitarme. Creo que no he matado a nadie —suplicó Marcos aprovechando que estaban solos. Se limpió la manos con un trapo y se sentó en el mármol frente a ella.

—Pues a veces lo parece, el almacén está lleno de mugre —dijo Ari aún sin mirarle.

—Tres meses sin hablarme, y ¿lo primero que dices es que mi almacén tiene mugre?

—Podría decir cosas peores, incluso notificarlas a sanidad, pero por el aprecio que te tengo no lo hago —le explicó mientras con la cabeza agachada escribía algo.

Marcos se bajó de golpe, asustando a la mujer que, abriendo mucho los ojos, miraba cómo él agitaba los brazos y se ponía de todos los colores.

—¿Te crees tan importante como para maltratarme de esa manera porque un día, ¡Un día! he quedado contigo y se me ha complicado la cosa? Que no he podido estar por ti, pues ¡perdona! Pero es que tengo un negocio que atender para que una supervisora sexy como el infierno no me cierre mi puto local —y acabó la frase tan cerca de su boca, que con solo moverse un poco, estaría saboreándola.

Ari respiraba agitadamente, mezcla del susto y la excitación, y miraba precisamente esos labios tan apetecibles que se le servían en bandeja de plata.

Marcos hervía por dentro. Quería cogerla del pelo y tirarla en el suelo para hacerla gritar. Hacerle pagar su frustración. Era odiosa. Había cambiado su carácter por una puñetera cita que no pudo ser. Y ahora la tenía a su merced, agitando el pecho frente a él y provocándole —de nuevo— una erección de mil demonios.

A punto estuvo de hacer el gesto para besarla, pero justo en ese momento entró Carlota y ambos se separaron incómodos.

Ari salió de la cocina y Marcos se maldecía por su suerte, y por no haber aprovechado el momento.

Se apoyó en el mármol para recuperarse un poco. *Maldita mujer.*

—Es una frígida —dijo una voz a su espalda.

Él se giró y miró de arriba abajo a Carlota.

—¿La conoces?

—Sí, claro, viene a menudo a tocar las narices con sus tonterías.

—Digo que si la conoces tanto como para saber que es una frígida.

—Yo, no, pero...

—Pues no hables de lo que no sabes. Me vas a decir que tú en su lugar hubieras...

Carlota no le dejó acabar la frase. Se acercó rápidamente a su lado y se pegó a su pecho como si fuera una lapa. Le agarró del pelo y devoró su boca como si le fuera la vida en ello. Marcos se dejó llevar, imaginándose que la mujer que yacía entre sus brazos era la bruja castaña que acababa de salir por la puerta. A punto estuvo de tirarla encima de la mesa y arrancarle la ropa.

En aquel momento justo, Ari, un tanto arrepentida, fue a despedirse de él. Y lo que se encontró la dejó del todo alucinada. Se estaba comiendo la boca con Carlota. ¡Y de qué manera!

—Nos vemos en un mes. Hasta... — se paró en seco— ...luego — alcanzó a decir desilusionada.

Marcos se separó de Carlota dándole un empujón de disgusto, cuando escuchó la voz de Ari. La muchacha salió triunfante por la puerta, limpiándose la comisura de los labios con lascivia y dedicando una mirada de desprecio a Ari que hervía por dentro de dolor.

—Ari, lo siento —alcanzó a decir Marcos.

Ella se giró para evitar mirarle a la cara.

—Oye, oye, que a mí no me tienes que dar explicaciones. No te preocupes que no voy a dar parte de ello, por mí como si te la follas encima del mostrador —decía mientras disimuladamente limpiaba una lágrima que había salido sin permiso y rodaba por la mejilla.

—Ha sido ella... y yo no...

—Marcos, que no me des explicaciones. Eres un tío y tienes tus necesidades.

—Te repito que ha sido ella, Ari por favor, si te digo que estaba pensando en... —quería explicarle que pensaba en ella, pero la muchacha no dio lugar a réplica. Metió todas sus cosas en el maletín y se fue, con un adiós seco y sin mirarle.

Días después, Marcos recibió un correo electrónico donde se le informaba que Ariadna había pedido un cambio de zona de supervisión y que en su lugar las visitas las haría un tan Manuel Cornejo.

CAPÍTULO 4

Meses después...

Estaba más nerviosa de lo habitual; no era la primera vez que visitaba el local de la Gran Vía, pero sabía con quién tenía que encontrarse inevitablemente, ya que era el propietario, y aunque había decidido cambiar de zona para no supervisar su restaurante, un cambio inesperado de política de empresa, y algunas bajas en la compañía, hicieron que se le asignara precisamente aquella zona de nuevo.

Llevaba varios días con pesadillas, fruto de los nervios, y a pesar de que meses atrás decidió apuntarse a unas clases de boxeo para liberar el estrés que le suponía su trabajo, no había funcionado.

Se levantó aquella mañana dispuesta a no dejarse amilanar: se puso su mejor traje, uno que compró en una boutique de moda de la capital, los tacones de los domingos (aquellos rojos que no podía llevar más de dos horas seguidas, pero que le estilizaban tanto las piernas) y se arregló su larga melena castaña, planchando un poco los mechones rebeldes que amenazaban con curvarse hacia arriba. Se miró de nuevo al espejo y se retocó el maquillaje, sonrió y se auto-convenció de que podía hacerlo.

Marcos se levantó dispuesto a comerse el mundo aquella mañana. Llevaba una buena racha en el restaurante, y parecía que la cosa iba viento en popa. Los primeros años fueron muy difíciles, hasta que el negocio arrancó; si bien la dirección de la franquicia le había ayudado en todo, era ahora cuando empezaban a verse los frutos de su esfuerzo. Llevaba días pensando en Ari: hacía meses que no pasaba por allí, y ni siquiera le dejó lugar a réplica. Recordaba cómo salió por la puerta sin ni siquiera mirarle...

Ari cogió un taxi que la llevó a la puerta del restaurante porque era imposible aparcar por allí, así que ya ni lo intentaba. Durante el trayecto intentó convencerse de que podía hacerlo sin alterarse demasiado. Marcos la ponía nerviosa y no podía evitarlo. Se bajó del coche como las “celebrities”; debía ponerse en su papel de “Cruella de Vil” si quería tener éxito: primero una pierna, después la otra. Se levantó y alisó la falda, recolocó el bolso negro en el hombro derecho y suspiró.

La calle, ruidosa como de costumbre, estaba adornada con carteles que anunciaban el carnaval de aquel fin de semana. Niños que corrían disfrazados de superhéroes, mientras sus madres gritaban que tuvieran cuidado al cruzar. ¿Sería ella madre alguna vez? Aquel pensamiento la hizo parar de golpe, provocando el choque con un señor que iba justo detrás suyo. Se disculpó, saliendo así de su ensoñación. Nunca se había planteado la posibilidad de ser madre. Quizás ahora, se daba cuenta de que necesitaba sentirse importante para alguien.

Se dirigió hacia el restaurante, con paso firme y seguro. Aún permanecía cerrado; paró en la puerta de madera de nogal y se levantó las gafas de sol de marca. Llamó a la puerta con tres golpes contundentes. No hubo respuesta. Insistió. Nada.

—No puedo creerme que no haya llegado todavía —se lamentó, mirando su reloj y viendo que eran las nueve en punto.

Volvió a llamar. Nada. Cuando ya estaba dándose la vuelta y con el móvil en la mano para llamar a su jefe, la puerta se abrió. Se le erizó el vello de la nuca. Se giró, las gafas se le resbalaron y se le volvieron a colocar en el puente de la nariz. Pese a lo absurdo de la situación, miró a Marcos que, sorprendido, la observaba sin pestañear. Ambos se observaban. Ella ya podía notar el cosquilleo en su estómago. Cambiaría las clases de boxeo por las de meditación del centro cultural. Definitivamente.

Pasaron unos segundos hasta que Marcos reaccionó y se separó un poco de la puerta, invitándola a entrar.

—Buenos días —dijo ella muy seria, pasando por su lado.

—Eran buenos, sí —contestó él—. ¿No hay más sitios que visitar, que tienes que venir a fastidiarme precisamente hoy?

Perpleja por las palabras de Marcos, pero sin perder la compostura, entró en el restaurante, se quitó las gafas, las metió en el bolso y lo miró ceñuda.

—Haré como que no he escuchado tu absurdo comentario —sentenció

Ari.

Marcos era un palmo más alto incluso cuando ella llevaba tacones. Tenía el pelo corto y los ojos negros como el carbón. Solía llevar la típica barba de tres o cuatro días, arreglada, pero aquel día aún no se la había retocado. Cayó en la cuenta que vestía un pantalón corto y una camiseta... por cierto, sudada.

—En nuestra cadena hay que cuidar el aspecto, ¿tengo que recordártelo? — atacó ella cruzando los brazos.

—¡Venga, hombre! ¿No creerás que vengo cada día así a trabajar?— dijo Marcos exasperado, dándole la espalda.

—Entonces, ¿me puedes explicar por qué motivo vas así vestido?

Marcos se giró para observarla de nuevo. *Dios, cada día está más guapa.*

—Acabo de tener una noche de sexo desenfrenado... —Marcos sonrió por la broma.

—Muy gracioso —se mofó ella.

—Vengo de correr, lo hago cada mañana antes de venir. Como ya sabes, en la parte de atrás tengo una ducha, y allí es donde me arreglo; pero hoy has venido antes de que pudiera hacerlo y me has pillado así —continuó, señalando su atuendo—. Así que, o bien me dejas que vaya a hacerlo, o sigues dándome la lata y me retraso. Los camareros vienen a las doce —le recordó.

—Supongo que no tengo alternativa —dijo quitándose el abrigo.

«Oh, sí que la tenía», pensó Marcos cuando al quitarse la chaqueta dejó entrever el escote que llevaba. Lo ponía como una moto; era tan inaccesible que lo atraía el doble. Cada vez que la veía, se imaginaba dominándola en la cama, castigándola por mostrarse tan sumamente borde con él. Pero cuando veía en su mente aquella melena desparramada sobre las sábanas...

—Ahora vengo —gruño él, metiéndose en el baño para evitar que ella viera su erección, sin darle tiempo a réplica. Cerró la puerta y se apoyó un momento mirándose al espejo que tenía en frente. Se frotó la barba y negó con la cabeza.

—Maldita bruja —susurró para sí mirando su erección— ¿qué me haces?

Se descalzó y tiró la ropa sucia al suelo. Abrió el grifo del agua caliente y cuando notó en la palma que ya estaba a punto se metió dentro.

A medida que el agua se resbalaba por su cuerpo, pensaba en ella, en cómo le gustaría que estuviera allí en aquel momento. Si pretendía que la erección bajara, precisamente con aquellos pensamientos no lo iba a conseguir. Bajó una mano por su torso hacia los músculos abdominales que tanto le había costado conseguir. Continuó bajando y se detuvo en el vello púbico. Gruñó al volvérsela a imaginar desnuda ante sí. Sin poderlo remediar rodeó su miembro con la mano y empezó a tocarse.

Ari se paseó por el salón, tan igual al resto de los que integraban la cadena. Muebles de color nogal modernos y funcionales. Un gran espejo presidía la estancia y hacía que se viera muchísimo más amplia. El local disponía de diez mesas repartidas en filas de a dos. Vio que había colocado un par de fotografías nuevas con dos jugadores del Barça y el Madrid en el «Muro de los famosos». Sonrió: *típico de los hombres*.

Recordó la primera vez que vio a Marcos. Y pensar que pudo haber algo... Quizás ella era demasiado dura. La visión de Carlota en sus brazos le rompió el corazón. Se había hecho demasiadas ilusiones con él y aquello fue un mazazo. Y aunque Marcos insistió en explicarse, Ari rechazó cualquier modo de comunicación entre ellos.

Se mordió el labio. Emocional y sexualmente, le había afectado más de lo que había pensado en un principio. Si había creído que él iba a estar amable con ella, lo tenía claro.

¡Pero es que no podía evitarlo! Se sentía eufórica de volver a verlo y vaya que sí, lo iba a ver, en todo su esplendor.

Avanzó un poco hasta llegar al pasillo por donde había desaparecido Marcos. Curiosa, se adentró en él buscando la puerta del baño. El corazón le palpitaba, pues estaba haciendo algo prohibido y eso no le gustaba. ¿O sí? Llegó a la puerta y asió el pomo con la mano derecha mientras acercaba el oído para escuchar lo que acontecía en su interior: el agua de la ducha, nada más.

Marcos escuchó un ruido y retiró la mano de su miembro. La mampara era opaca y no podía ver más allá de ella sin abrirla. Serían imaginaciones suyas. Pensó en Ari y alargó el brazo hacia el jabón. Ya habría tiempo de acabar por la noche. Agachó la cabeza y miró su erección de nuevo.

—Lo siento colega, más tarde —habló a su miembro como si tuviera conciencia.

Empezó a enjabonarse los hombros y los brazos. Se propuso no parar mucho en aquella parte de su anatomía que aún seguía palpitante. Silbó para despistar.

Ari escuchaba los silbidos de Marcos al otro lado. Se lo imaginó desnudo y su entrepierna empezó a palpar. ¡Claro que le gustaba! Marcos era un hombre muy atractivo y aquellos ojos negros la traían por la calle de la amargura: eran hipnóticos, quizás eso es lo que le hacía alejarse de él. Le daba miedo. No porque le fuera a hacer daño, no, sino porque no respondía de ella misma si aquellos ojos la miraban fijamente. ¿Y aquellos músculos? Las camisas marcaban aquellos músculos de una manera que debería estar prohibida. Dios santo! ¿Qué había pasado en aquellos meses, para que su perfecto imperfecto hubiera marcado su abdomen de aquella manera tan pecaminosa? Continuó recreando el cuerpo de Marcos e instintivamente se llevó la mano allí abajo. Bajó la mano por su falda y alzó ésta un poco para meter la mano por debajo del *culotte*. Apoyó jadeante la cabeza en la puerta. En un ataque de lucidez sacó la mano de allí y se recompuso. Se lo pensó un momento: ¿y si miraba? Nunca se había parado a pensar que ella pudiera ser una *voyeur*.

Se armó de valor y giró el pomo un poco, lo justo para asomar la cabeza por la rendija abierta y ver a Marcos en la ducha. Aunque en realidad solo veía su silueta.

Marcos tenía apoyada la mano en la pared, mientras el agua caía sobre sus hombros. Suspiró. ¿Qué pasaría si aprovechara la ocasión, ahora que estaban solos, para volverla a seducir de nuevo? Y esta vez sin tonterías, iba a ir al grano.

CAPÍTULO 5

Lo de la ducha fue una buena idea porque le relajó los músculos del cuerpo. Todos. La maldita supervisora le ponía los nervios de punta, y lo que no eran los nervios. Salió de la ducha y se puso una toalla en la cintura mientras se afeitaba mirándose al espejo. Aquella rutina la tenía tan por la mano que acabó en poco más de diez minutos. Era un baño pequeño, un retrete, una ducha y un lavamanos; algo que había conseguido mantener pese a las primeras negativas de la dirección. Buscó el uniforme y se dio cuenta de que, con las prisas, se lo había dejado en la mochila que tenía en el comedor. ¡Mierda!

Ari pasó el dedo por encima del mueble donde se guardaban los manteles. Estaba limpio, bien. Miraba las bombillas de las lámparas de diseño cuando apareció Marcos en todo su esplendor, llevando únicamente una toalla atada a la cintura; eso y una sonrisa socarrona.

—No me mires así, no es lo que parece... —dijo poniendo los brazos en alto.

—¿Y qué parece? —preguntó ella, frunciendo el ceño. *Madre del amor hermoso...*

—Que lo he hecho a posta, y te juro que no es así; con las prisas se me ha olvidado la mochila encima de una de las mesas —confesó mientras cogía la misma y se la echaba al hombro. Ella se fijó entonces en el tatuaje que le ocupaba parte de éste y seguía por el costado, perdiéndose bajo la toalla.

—Guau... —susurró, tragó y se puso colorada. Marcos la miró, pensativo, y sonrió mientras se giraba y se perdía nuevamente en el pasillo que llevaba al baño. Fue entonces cuando ella se dio cuenta de lo que la afectaba estar allí. Normalmente era muy profesional. A veces, según le decían, se involucraba demasiado en su trabajo, y eso hacía que dejara su vida social un poco de lado. Quizá por esa razón no tenía pareja. Y precisamente por aquello, lo de Marcos tampoco funcionó. Aquello y Carlota. La muy zorra.

Minutos después Marcos salió perfectamente vestido con el uniforme de la empresa. Ella lo observó y confirmó que estaba todo en orden: la chapa, la camisa almidonada, el pantalón con la raya perfectamente planchada y los zapatos relucientes. Fue hacia su maletín y recogió la tablet. La encendió y buscó el programa de supervisión y puso un OK en cada uno de los puntos

que había supervisado desde que llegó.

—¿Te ayudó? —dijo él en su oreja, plantado detrás de ella. Ari dio un respingo y el corazón se le aceleró. Se giró, ceñuda, y lo miró. Dios... de cerca era aún más increíble.

—No, gracias, puedo sola —volvió a mirar la tablet—. Veamos... baños, quiero verlos.

—A sus órdenes mi capitán —dijo Marcos en tono solemne, algo que a Ari no le hizo la más mínima gracia.

Se dirigieron a los aseos y apartó la puerta dejándola pasar a inspeccionar. Él esperó fuera; no había mucho espacio, y quería evitar el contacto directo con ella... de momento.

Ari dio un rápido repaso y vio que todo estaba en orden: tazas limpias, perfumado... Salió con la cabeza agachada mirando la tablet y apuntando en el programa.

—Cocina —ordenó.

Marcos ya no se molestó en decirle nada, directamente fueron hacia la cocina. Ari evitaba levantar la vista para distraerse. Los mármoles estaban llenos de bandejas con merengues aún por hornear. Demasiados merengues. El resto se veía recogido; los demás mármoles estaban despejados y los azulejos limpiísimos. El olor dulzón de los merengues se mezclaba con el del after-shave de Marcos. Era una mezcla explosiva.

—¿Y esto? No es el plato recomendado del mes —le dijo, encarándolo.

—Lo sé, es un pedido especial.

—No aceptamos pedidos especiales, y lo sabes de sobra.

—Es Carnaval y me los han pedido como un favor personal.

—Te repito que no aceptamos pedidos especiales ni favores personales —volvió a decir.

—Oye guapa —empezó Marcos, fuera de sí—, este es mi negocio, y como tal, por mucha franquicia que sea, hago y deshago a mi antojo. El merengue lo he preparado yo porque me ha dado la gana, y los que me lo han pedido son clientes habituales del local, así que los voy a meter en el horno en cuanto te vayas de aquí.

—No, no lo harás. ¿Quieres que te sancione? —amenazó Ari.

—No serás capaz, bruja —la insultó, acercándose a ella.

—Apuéstate algo —contestó Ari, levantando la barbilla amenazante.

Ambos se miraron un momento. Fue Marcos el primero en hablar.

—No entiendo cómo, siendo tan guapa, eres tan bruja.

—No soy ninguna bruja —odiaba que la llamara así.

—Y con escoba, bruja —volvió a repetir.

Ari tuvo un arrebato y le dio una bofetada en toda la cara, con tal fuerza que se la giró.

Marcos se sorprendió tanto que, por un momento, no supo qué hacer, hasta que se le ocurrió algo. Cogió uno de los merengues y se lo estampó en toda la cara. Ari dio un grito de estupefacción, pegó un saltito hacia atrás para no mancharse, lo miró sorprendida, y él cerró los ojos y soltó una carcajada. Fue precisamente ese el momento que ella aprovechó y le estampó otro merengue a él, que la miró enfadado e hizo un gesto de amenaza con el dedo. Ari soltó una carcajada y empezó a caminar hacia atrás, aún con la cara embadurnada de merengue, chupándose los labios.

—Gilipollas.

—Bruja.

—¡No me llames bruja! —gritó.

—¿Por qué? —preguntó él, mientras caminaba despacio hacia adelante, haciéndola retroceder hasta el mármol.

—Porque no soy una bruja —afirmó.

—¿Ah no? —preguntó mientras la arrinconaba por completo, poniendo los brazos en el mármol, aprisionándola.

Se estaba empezando a poner nerviosa de verdad, ¿qué iba a hacer? Pese a que el mármol estaba congelado, empezó a sudar.

—No... —negó asustada—. Va, déjalo ya...

—¿El qué?

—Esta absurda pelea, deja que me quite esta mierda de la cara... —dijo, apartándose del mármol, pero él no la dejó.

—No, no, no —negó con la cabeza—; el merengue no se puede desperdiciar.

—¿Ah, no? ¿Y qué vas a hacer? ¿Comértelo? —preguntó, divertida, pero la sonrisa se convirtió en preocupación cuando vio que él acercaba la boca a su nariz y pasaba la lengua por encima—. ¡Oh Dios!

Sopesó la situación y decidió reaccionar antes de que aquello le trajera un buen problema con la gerencia de la empresa. Lo hizo. Le pegó un rodillazo en aquella parte de su anatomía que estaba empezando a endurecerse.

—¡Ahhhhh! —alcanzó a gritar Marcos mientras caía al suelo, hecho un ovillo.

Ari corrió hacia el comedor, dejándolo sumido en un mar de lamentos; recogió sus cosas, se puso el abrigo y se fue de allí sin mirar atrás.

Corrió por la calle durante unos segundos, sin pensar en lo que había hecho. De repente, la imagen de Marcos en el suelo la hizo sentirse terriblemente mal porque ella no era así. Se paró en seco y pensó en volver a disculparse, pero entonces debería lidiar con las burlas de él y la imagen que le daría. No, tampoco era débil. Y entonces, ¿qué hacía? Pensó y pensó, pero no se le ocurría ninguna solución. Además, se había olvidado la tablet encima del mármol de la cocina y no había acabado el informe. Incómoda, se pasó la mano por el pelo, notando el merengue aún en su cara; decidió llamar a su compañera Marta para pedirle su opinión. Cogió el móvil del bolso y marcó el número, se lo colocó al oído con cuidado de no mancharlo. Después de siete tonos, y cuando ya había perdido la esperanza de que contestara, se oyó una somnolienta voz al otro lado.

—...Dimeeeee —dijo Marta.

—Ainsss, ¿te he despertado? Vale, lo siento, pero es una emergencia —confesó.

—A ver... —hubo un silencio seguido de un bostezo—. Cuéntame —claudicó, resignada.

Ari le contó toda la historia, mientras Marta escuchaba y sólo alcanzaba a asentir en cada parada de ella. Al fin, cuando acabó y Ari se quedó en silencio para escuchar la opinión de su amiga, ésta le contestó.

—Yo me lo tiraría —confesó.

—¡¡¡Marta!!! —la regañó.

—¿¿¿Qué??? Él está soltero, tú estás más que soltera, y además te hace falta un *pito* con urgencia. Neni, hazme caso, vuelve al restaurante y tíratelo.

—Pero, ¿tú estás loca? Que me ha llamado bruja, ¡a mí! Si soy súper adorable... —decía mientras cogía una toallita de higiene íntima y se retiraba el merengue de la cara con cuidado.

—Sí, eres súper adorable... casi siempre. Cuando te pones en plan profesional, pareces otra persona. A veces creo que eres o un poco bipolar o muy buena actriz.

—¿En serio? —preguntó, abatida, apoyándose en un coche.

—Sí, cariño.

—¡Oh! Entonces quizás debería ir a disculparme, ¿no?

—Yo creo que sí.

Pero no le dio tiempo. Ari se giró hacia el restaurante y vio como un malhumorado Marcos, completamente fuera de sí, y señalándola con el dedo, avanzaba por la acera con el paso acelerado.

—Marta tengo que colgarte —alcanzó a decir a su amiga mientras metía el móvil en el bolso de nuevo.

En un par de zancadas, Marcos se puso delante de ella, la miró a los ojos y la agarró del pelo, tirando de ella en dirección al restaurante sin mediar palabra.

—¡Aaaaah! ¡Bruto! ¡Suéltame! —gritaba mientras la gente los miraba. Marcos, que no quería que lo confundieran con un maltratador, dio un tirón al pelo de la chica para que lo mirara y, empujándola contra la pared de una cafetería, la cogió del cuello con cuidado de no hacerle daño, pero con la fuerza suficiente para alzarle la barbilla y besarla con rudeza. Era un beso lleno de pasión, pero no la pasión de dos enamorados. Marcos estaba enfadado, sorprendido, y duro como una piedra; le iba a hacer pagar aquello con creces. Pero no contaba con que el contacto con aquellos labios aterciopelados fuese a hacer caer sus defensas completamente. Aflojó la presión de su mano en la cabeza de Ari y la hizo caer hacia su mejilla, acunando su cara mientras la otra mano bajaba hacia su cintura, acariciándola en círculos. Ari, por su parte, pasó de golpear el pecho de Marcos a subir las manos hacia su cuello, azuzándolo para que profundizara ese beso que la estaba haciendo temblar de arriba abajo.

Algunas personas de la cafetería salieron a presenciar aquella escena y jalearon a Marcos, y fue entonces cuando se dio cuenta del espectáculo que estaban dando en la calle. Separó los labios de los de ella y acercó la frente hacia la suya para susurrarle al oído:

—Vamos al restaurante, por favor, tenemos que hablar.

Ari, que seguía en estado de shock, asintió en silencio.

Se separaron, aún temblando, y la cogió de la mano; caminaron en silencio, ella con la cabeza gacha y él mirando al frente, sin girarse ni una sola vez hasta que llegaron al local. Marcos se adelantó y abrió la puerta de la entrada, apartándose e instando a Ari a que entrara primero.

CAPÍTULO 6

Entraron de nuevo al comedor y se quitaron los abrigos, dejándolos encima de una de las mesas. Ari, aún avergonzada, se giró hacia él, que la miraba ya divertido.

—¿Ves como eres una bruja? —le dijo, sonriendo.

—Mira Marcos, si vas a seguir por ahí, me voy —anunció mientras se dirigía a recoger el abrigo.

Marcos la cogió por la cintura y la acercó a él. Olió su pelo y gimió. Ari puso su mano encima de la de él, notando cómo temblaba también. Vaya...

—Vale, tengo que pedirte disculpas por la patada en... ya sabes...

—No pasa nada, debí haberlo imaginado, tienes mucho carácter.

Ari suspiró. ¿Cuántos años hacía que se conocían? Marcos le besó el pelo y se separó de ella. Ari se dio la vuelta y lo vio meterse en la cocina de nuevo. Este hombre la desconcertaba. Fue en su busca y lo vio meter los merengues en el horno.

—Veo que no me vas a hacer caso —dijo, apoyándose en la puerta.

Marcos se levantó, cerró el horno y se quitó el guante. Levantó la cabeza y sonrió. Pero no dijo nada.

—Y luego me llamas bruja a mí...

—¿Por qué te molesta tanto?

—Porque sabes que están prohibidos los encargos, Marcos. La compañía...

—Me refería a lo de bruja —la cortó. No quería hablar de la compañía ni del restaurante, quería seguir atormentándola y hacerla comer de su mano de una vez por todas.

—Fue lo que me dijo mi ex novio cuando me dejó, además de frígida, fea, gorda y no sé cuántas cosas más —confesó al fin.

Marcos la miró, pensativo.

—¿Qué? —pregunto Ari.

—Es evidente... —dijo él.

—¿Qué es evidente?

—Que estaba borracho, o era gilipollas, o a lo mejor las dos cosas. Ven conmigo —dijo, cogiéndola de la mano y arrastrándola hacia el comedor.

Ari iba dando saltitos, intentando seguir sus largas zancadas. La soltó de la mano, se colocó detrás de ella y la giró hacia el espejo gigante que presidía el comedor. Ari vio su imagen proyectada en el mismo, y a Marcos detrás de ella, que la agarraba por los hombros. Aquella imagen tan erótica la hizo tragar saliva.

—¿Qué ves?

—A ti y a mí en el espejo —contestó, poniendo los ojos en blanco.

Marcos rio.

—Yo veo a una chica preciosa, y con un carácter de mil demonios. Con unos brazos torneados espectaculares —dijo mientras se los cogía poniéndolos en cruz, sin dejar de mirarla a través del espejo. Dejó resbalar sus manos por ellos, hasta las manos, apretándoselas y dejando caer las suyas a su cintura—, con una cintura perfecta —continuó apretando esta zona—, y unas piernas de infarto —finalizó mientras bajaba sus manos por ellas agachándose al fin.

Ari estaba emocionada porque un hombre, al fin, le dedicara aquellas palabras, y su cuerpo hervía de pasión, ya que precisamente era él quien las decía.

Lo miró a través del espejo, e hizo algo que no había hecho en años: bajó los brazos y le sonrió seductora. Cogió el filo del vestido y se lo fue subiendo, despacio, ante la mirada sorprendida de Marcos.

—¿Te gustan mis piernas? —dijo, coqueta.

Marcos le apartó las manos, y fue él quien acabó por subir el vestido mientras dejaba un reguero de besos mientras se alzaba de nuevo. Se arrimó más a ella, acercando su erección a su trasero.

—¿A ti qué te parece?

—Me parece que vas a lamentar haber horneado esos merengues sin mi consentimiento —continuó ronroneando.

—¡Mierda! ¡Los merengues! —gritó mientras corría hacia la cocina, dejándola sola y con el vestido arremangado en la cintura y las mejillas encendidas.

Ari se recompuso un poco, se quitó los zapatos, que ya la estaban matando, y lo siguió a la cocina. Al final, no se habían quemado, menos mal. Se apoyó en el mármol y empezó a reír, pero la risa se convirtió en carcajada cuando vio a Marcos, rojo de los nervios, despeinado y con una erección de mil demonios.

—¿Qué te parece tan gracioso? —preguntó entre risas.

—Tu aspecto, en general... estás hecho un cromo... ¿Se han quemado?

El sonrió al ver que no tenía ni idea de repostería, estaba claro que no sabía que los merengues se cuecen a baja temperatura

—No. Por suerte, no. Yo casi...

—¡Oh! —Fue hacia él y le miró las manos—. ¿Dónde?

Marcos giró las manos, y separándola de él, hizo un gesto con los ojos señalando su entrepierna. Ella se sonrojó y ambos estallaron nuevamente en carcajadas.

—¿Ves? Mucho mejor que con esa cara de ogro que pones a veces.

—Debería acabar el informe, Marcos; además, tienes que limpiar todo esto, acabar los merengues... Y los camareros están a punto de llegar.

—Aún me quedan un par de horas, tranquilízate. ¿Quieres probar un merengue?

Ari se lo pensó un momento... ¡Al carajo con todo! *Relájate chica...*

—Sí, me encantaría.

Pero Marcos no se limitó a tendérselo, sino que cogió un pedazo tibio y se lo acercó a los labios. Ari intentó cogerlo con la boca abierta y moviendo la lengua hacia adelante, pero él, travieso, se lo retiraba. Al final la dejó probarlo. Ari puso los ojos en blanco, estaba riquísimo. Un trocito del dulce, juguetón como el cocinero, resbaló por la comisura de sus labios y Marcos no desaprovechó la oportunidad. Se acercó, como hipnotizado, y bajó la cabeza, pasó la lengua por encima del merengue y continuó por los labios de Ari, sorbiéndolos y mordiéndolos, loco de pasión.

A Ari le temblaban las piernas. Poco a poco fue retrocediendo hacia el mármol para no caerse de bruces, se apoyó en él, notando el frío en las nalgas y el calor en su cuerpo, Marcos siguió a lo suyo. No podían tener las manos quietas, ninguno de los dos. Ella aprovechó un gemido de Marcos para

apartarse y quitarse el vestido, quedándose únicamente con el *culotte* y el sujetador. Marcos hizo lo propio con su camiseta.

—Me encanta tu tatuaje —dijo Ari, acariciándolo. Marcos reparó en el que llevaba ella en la pierna derecha: una pequeña bruja montada en una escoba. Sonrió.

—¿Terapia de choque?

—Más o menos, pero no te despistes. Ven aquí... —le dijo, agarrándolo del cinturón y acercándolo a ella mientras volvía a apoyarse. Lo besó de nuevo mientras se lo desabrochaba y le bajaba los pantalones de un tirón.

—Me estás poniendo como una moto, preciosa... —susurró.

Ari cogió otro pedazo de merengue y se lo acercó a Marcos a la boca, pero se lo pensó mejor y se lo untó por el pecho. Bajó la cabeza y pasó su lengua por el esternón primero, dirigiéndose al pezón izquierdo después. Marcos ahogó un gemido en el pelo de ella. Ari aprovechó el momento para bajarle los bóxers, mientras él le desabrochaba el sujetador. Ella acabó su merengue y, pasándose la lengua por los labios, mientras lo miraba aún a los ojos, le ordenó:

—Más.

—Vale, princesa, pero ahora me toca a mí.

Cogió un trozo de merengue e hizo lo propio: lo untó en ambos pechos y se recreó de lo lindo en ellos, atormentándola, succionando ambos pezones, por turnos, amasándolos y besando los costados hasta llegar a sus braguitas. La miró, agachado, de rodillas en el suelo.

Ari sonrió mientras le agarraba fuerte del pelo. La cocina estaba que echaba humo, y el horno no tenía nada que ver; los azulejos empezaban a empañarse.

—Tenías ganas de verme de rodillas, reconócelo.

—Me moría de ganas —reconoció—, aunque no pensaba que sería de esta manera.

Marcos le quitó las braguitas y las tiró a un lado de la cocina; cayeron justo encima del recogedor, que afortunadamente estaba limpio.

—Como venga sanidad, me va a crujir por tu culpa —dijo mientras se incorporaba de nuevo, pasando la palma de la mano por el interior de sus muslos en el trayecto. Llegó a su entrepierna y se recreó un rato allí, haciendo que Ari echara para atrás la cabeza.

Cuando creyó haberla atormentado bastante, la levantó y la sentó en el

frío mármol. Se acercó, dirigió su pene hacia ella, y la miró una última vez, pidiéndole permiso. Ella le dio su consentimiento y un beso profundo, y él aprovechó el movimiento para hundirse en su interior de una sola estocada.

—¡Oh, Dios! —gimió ella.

Marcos intentó ir despacio para aguantar el máximo posible; seguía atormentando sus pechos mientras la embestía. Ari le arañaba la espalda y le apretaba el trasero, empujándolo más adentro. Llegaron al clímax en pocos segundos. Él cayó derrotado encima del hombro de Ari, que le acariciaba la nuca y le besaba la sien.

—Necesitaba esto desde hacia años —confesó él.

—¿Sólo tú?

Marcos la miró, ceñudo.

—¿Y por qué motivo no escuchaste mi explicación aquel día?

— Estaba dolida, Marcos...

La besó nuevamente, pero esta vez fue un beso cariñoso en los labios, sí, pero un beso cariñoso y reconfortante a la vez. Ari le cogió de las mejillas y se las pellizcó como si se tratara de un niño.

—A mí también me dolió no volverte a ver y que no contestaras mis mensajes, Dorothy...

—¿Dorothy? —preguntó ceñuda.

—Como la del mago de Oz. Es lo que he pensado cuando te he visto entrar con esos zapatos rojos, tan jodidamente eróticos. ¿Tú no te das cuenta de lo que provocas en el sexo masculino, verdad?

—Si yo soy Dorothy... tú ahora mismo pareces un espantapájaros con estos pelos —rió mientras lo peinaba...

—Ya me estás poniendo burro de nuevo —la cogió en volandas y se la llevó al baño—. Te vas a enterar ahora.

—¡¡Marcos, bájame!! —gritaba mientras reía a carcajadas, golpeándole en los hombros.

CAPÍTULO 7

Después de hacer nuevamente el amor en la ducha, esta vez más pausadamente, se vistieron y acabaron el informe entre los dos mientras esperaban a que llegara el personal. Ella no dudó en arremangarse y ayudarlo a limpiar la cocina antes de que vinieran.

Marcos la miraba de reojo, ella sonreía, ajena a las miradas de él y afanada en el mármol donde habían hecho el amor minutos antes.

—¿En qué piensas? —preguntó él, dejando de limpiar y apoyándose momentáneamente en la pared.

Ella negaba con la cabeza, sonriendo, pero sin mirarlo aún.

—En mi amiga Marta.

—Vaya, y yo que pensaba, tonto de mí, que quizás estabas pensando en nosotros.

Se puso seria, de repente, y lo miró: tenía la frente perlada de sudor y la miraba con semblante interrogativo.

—¿Nosotros?

—Tendremos que hablar de lo que ha pasado, ¿no? ¿O piensas desaparecer como acostumbras y presentarte por sorpresa cuando toque supervisión?

Realmente ni ella lo sabía. Así que calló.

—Así que eso pretendías... Bien...

—Oye, Marcos, yo...

—No —la cortó—, no te voy a reprochar nada, pero pensaba que quizás había algo más que una simple sesión de sexo.

—A mí no me ha parecido nada simple.

—Ya me entiendes, no te vayas por las ramas.

—Me gustas muchísimo —reconoció—, de hecho siempre me has gustado. Me has atraído desde aquella primera vez.

—¿Pero...?

—Pues que no quiero cagarla contigo, y sé que si intento tener una relación seria, voy a machacarte psicológicamente y no quiero.

—Ya... ¿Y por qué no me dejas a mí decidir si quiero que me machaques?

—Marcos...

—¿Qué? —preguntó encarándola—. ¿Tienes miedo?

—¡Mucho! —gritó—. No quiero verme sola toda mi puñetera vida, ¿vale? Claro que quiero tener una familia, quiero que los niños no me dejen ver la tele y tener a alguien a mi lado que me diga lo muchísimo que me ha echado de menos durante el día. Pero tú tienes tu negocio y no estás preparado para tener una relación seria. No quiero que me tengas en vilo durante meses, pensando si en realidad, un día vas a decirme que el trabajo no te deja tiempo para estar conmigo y que lo primero es lo primero...

Hubo un silencio incómodo en el que Marcos pensó en lo que ella estaba diciendo.

—Ven aquí —le dijo, soltando el trapo en la cocina y atrayéndola hacia sí—. No te voy a dejar escapar, así que mejor será que te dejes llevar, y lo que tenga que pasar, que pase. Y sí, hay que hablarlo, poner unas normas y ya.

Ari se abrazó también a él, sopesando aquellas palabras. *Lo que tenga que pasar, que pase*. Llevaba tanto tiempo queriéndolo controlar todo, que no se había dejado llevar. Él tenía razón.

Continuó besándole la nariz.

Estaban tan absortos en su conversación que no vieron entrar a los camareros.

—Buenos días, jefe —dijo Alfredo, entrando de repente en la cocina.

Ari y Marcos se separaron, y Alfredo se quedó parado al contemplar aquella escena. Marcos, su jefe, besando a «La bruja», como todos la llamaban. No se lo podía creer.

—Ooops, voy a vestir las mesas. Siento haber interrumpido.

Ari se mesó el pelo, incómoda; ésa era otra de las pegas. Eran

compañeros de trabajo y ella se encargaba de la supervisión de su restaurante.

—¿Ves? Otro problema —le dijo mientras se arreglaba el vestido y se ponía los tacones de nuevo.

—Alfredo es muy discreto, puedes estar tranquila. Además, ¿qué más da?

—Marcos, es posible que a la compañía no le haga ninguna gracia. Aunque bueno... Quizá podría decirles que me enviaran a supervisar otros locales, y dejar que Marta haga el tuyo.

—Pero eso significaría perderme tu mal humor y ese culito prieto —dijo, abrazándola y bajando las manos hacia sus nalgas. Le besó el cuello, apartándole el pelo con la mano—. Joder, nena, me pones a cien sólo con respirar.

Ari rio y le besó la cabeza.

Marcos, en un arranque de lucidez, la soltó y le pidió que acabara el informe y se fuera.

—Habla con Marta, pero esto no se acaba aquí. Y, por cierto, espérame en tu casa cuando acabe el servicio porque estoy que voy a explotar.

Ari asintió, divertida, y le dio la dirección de su piso. Le besó los labios y recogió sus cosas. Se despidió de los camareros y se fue.

Iba a intentarlo, ¿qué perdía?

Habló con Marta, que la felicitó por su «atrevimiento» y la instó a que al día siguiente hablara con sus superiores; era mejor que lo supieran de su boca y no esperar a los chismorreos.

CAPÍTULO 8

Ari se quitó la ropa y se puso un camisón negro semi-transparente que marcaba sus pechos. Se cepilló el pelo a conciencia y preparó un par de copas y una botella de Cava para la ocasión. Arregló un poco el sofá y se sentó, pero estaba tan atacada que no pudo aguantar mucho. Volvió a levantarse y se acercó al baño; se miró al espejo, nerviosa como una quinceañera, y se retocó el lápiz de labios. Se bajó un poco el escote y notó que hacía frío. Se acercó al botón de la calefacción y subió un poco la temperatura ambiente. Se sentó de nuevo en el sofá. Conectó la tele. Desconectó la tele. Volvió a levantarse y decidió poner música. Fue entonces cuando sonó el timbre de la puerta. Se acercó descalza a la mirilla y vio a Marcos vestido con una camisa negra y unos tejanos, esperando en la puerta. Decidió que iba a seducirlo esta vez; quería ver cómo reaccionaba él. Abrió un poco la puerta, lo suficiente para verlo sin ser vista demasiado.

—Holaaaaa —dijo ella, alargando la palabra.

—Holaaaaa —repitió él, divertido—. ¿Puedo pasar?

—Mmm, no sé. ¿Qué me ofreces?

—Lo que tú quieras, preciosa, estoy a tu completa disposición —dijo, separando los brazos en señal de rendición.

—Entonces, quizá deberías pasar; tengo muchas cosas preparadas hoy para ti.

—Uff —gimió él.

Abrió la puerta, escondiéndose detrás, y vio cómo Marcos entraba y

examinaba la habitación.

—Bonita decoración —dijo, mirando los cuadros que colgaban de las paredes violetas. Se giró y la observó detenidamente—. Definitivamente bonita.

—¿Sí? —preguntó, cerrando la puerta y apoyándose en ella.

Marcos dejó el ramo de flores que traía encima de la mesa de centro y se dirigió a ella, despacio.

—Espero, por tu bien, que no tengas vecinos chismosos.

—¿Por qué dices eso?

—Porque esta noche vas a gritar. Mucho.

—Oh...

—¿Dónde has guardado los zapatos rojos, Dorothy?

—¿Ya empezamos con fetichismos?

—No te hagas la remilgada. Póntelos —le ordenó.

Sí, le gustaba que le diera órdenes en el plano sexual. Qué fuera él el que llevara la batuta.

Fue andando de espaldas hacia la habitación, mientras que con el dedo instaba a Marcos a que la siguiera.

—Ay, brujita, brujita... —decía él mientras se iba despojando de su ropa por el pasillo.

Ari llegó a la estancia, se puso los zapatos como él le había pedido y se quedó de pie observándole.

—Ahora quítate esto. Quiero verte bien...

Ella se despojó del camisón y se quedó desnuda, solo los zapatos adornaban su cuerpo.

Marcos se acercó a ella y agachando la cabeza le atrapó un pezón, mientras que con la mano atormentaba el otro. Ari bajó sus manos hacia la cabeza del hombre mientras jadeaba, extasiada...

—Quiero que te tumbes —volvió a ordenar.

Ella acató la orden sin rechistar. Marcos se despojó del pantalón y la ropa interior. Abrió con cuidado las piernas de Ari. Pasó el dedo índice por el monte de Venus y, despacio, rozó el clítoris de pasada hasta encontrar el centro de su sexo. Introdujo el dedo con delicadeza, recreándose en la imagen de Ari retorciéndose de placer como una serpiente, mientras él introducía el dedo de nuevo y lo sacaba, muy muy lento.

—Me estás matando...—susurraba ella.

Marcos bajó la cabeza, mientras continuaba con su dedo en el interior de su chica. Se puso de rodillas y acercó a Ari al filo del colchón. Saboreó el botón, siguiendo el ritmo que llevaba anteriormente. Despacio. Muy despacio.

—Estoy a punto, Marcos...

Él retiró el dedo y dejó de atormentarla. Se puso de pie y la miró divertido.

—¿Qué te hace tanta gracia? —preguntó ella.

—Estoy pensando que no se si dejarte así...

—No te atreverás...

—¿No? —Marcos giró la cabeza, entrecerrando los ojos—. Pues suplica...

—Por favor, Marcos...

—No estás siendo muy convincente, Dorothy...

Ari se incorporó, se puso de rodillas en la cama.

—Ni se te ocurra cerrar las piernas. Bien abiertas... —ordenó.

Ella abrió más las piernas y se acercó un poco más a él. Marcos le retiró el pelo a un lado y la besó, mordiéndole el labio inferior a su paso.

Ari dirigió sus manos al miembro del hombre, que siseó con el contacto.

—Tienes las manos congeladas...

—Será lo único que tengo congelado... —sonrió.

Siguió con sus atenciones a su chico, acariciando su miembro una y otra vez. Cuando él ya estaba a punto de acabar, le retiró las manos y se las puso a la espalda. La miró. La visión de ella a su merced lo puso más cachondo si cabe. Ella comprendió lo que se estaba imaginando.

—¿Te gustaría?

—No voy a hacer nada que tú no quieras...

—Pero te gustaría, ¿verdad?

—La pregunta es, ¿te gustaría a ti?

—Sería la primera vez, y creo que sí...

Marcos gruñó y escribió una nota mental para comprar lazos de seda.

Tumbó a Ari en la cama y se colocó entre sus muslos. La miró a los ojos, y comprendió por fin que debía cambiar muchas cosas para estar con ella, delegar en Alfredo y Carlota, pero no podía perderla de nuevo.

Embistió a Ari, esta vez menos agresivo. Procuró decirle con los ojos, lo que no le diría con palabras. Al menos no aún.

Ari estaba alucinada. Le encantaba esa faceta de Marcos, que apenas estaba empezando a conocer. Y es que ella no había disfrutado el sexo de aquella manera. Nunca. El tacto de Marcos, de ofrecerle, preguntándole si estaría dispuesta, le hacía pensar que quizás sentía —como ella— algo más, que no sólo era sexo.

Y estaba expectante por experimentar con él. Le encantaba provocarlo y ver su reacción.

Cayeron agotados, Marcos encima de Ari. Se apartó un poco para no aplastarla con el peso y besó su vientre antes de colocar su cabeza en aquella zona.

—Gracias.

—¿Por qué? —preguntó ella sorprendida.

—Por aparecer...

Ella sonrió y ambos se quedaron dormidos.

CAPÍTULO 9

Riiiiing, riiiiing...

Ari se despertó, sobresaltada, empapada en sudor y con el corazón completamente acelerado. Buscó en la habitación cualquier indicio que la hiciera comprender que aquello no había sido un sueño; no podía serlo. Se levantó, retirándose los empapados mechones del flequillo, y buscó a tientas las zapatillas de rizo rosas con topitos.

—¡Mierda! ¿Qué día es hoy? —se preguntó.

Miró su teléfono móvil y vio que aún era 18 de febrero.

«No, no, no... Esto no me puede estar pasando a mí», murmuraba mientras cogía la agenda de su bolso, colgado en la silla de su cuarto. La abrió y vio claramente escrito en el recuadro correspondiente al 18 de febrero: *Supervisión a Marcos García. Gran Vía*. Creyó que se iba a desmayar allí mismo. Cayó derrotada en la cama, mirando al techo durante unos segundos, pensando qué hacer. Se incorporó. No iría a la cita. Se negaba a ir. Si tenía que pasar por la tensión de aquel momento nuevamente, no lo iba a resistir. Después pensó en su jefe, en la empresa, y en Marcos... y supo que debía hacerlo.

Se duchó durante más de media hora, intentando relajar los músculos en tensión, y se puso un pantalón de pinzas negro y una camisa blanca de manga tres cuartos anudada a la cintura. Zapatos cómodos. Se recogió el pelo en una coleta y se maquilló suavemente. Cuando lo tuvo todo listo, volvió a mirar el móvil por si había visto mal... No, era 18 de febrero. Se puso el abrigo y salió por la puerta. Lo de Marcos nunca pasó. Se disgustó como si le hubieran

arrancado un caramelo de la boca.

Cogió un taxi que la llevó a la puerta del restaurante. Iba más nerviosa que de costumbre, aquel sueño la había trastocado. Suspiró y se deseó suerte a sí misma. Bajó del taxi con las piernas temblando y respiró hondo. ¿Qué podía pasar?

Se acercó a la puerta principal, se recolocó la ropa y golpeó la puerta tres veces. Ni un solo ruido. Miró el reloj, eran las nueve en punto. Volvió a golpear la puerta dos veces más.

Marcos, que se había quedado dormido repasando unas facturas, se sobresaltó con los ruidos en la puerta.

—Mierda, ¿qué hora es? —Se preguntó mientras miraba su reloj de pulsera—. ¡Joder! —maldijo mientras recordaba el sueño tan erótico que acababa de tener. ¡Menudo sueño! Se calzó las deportivas y volvieron a llamar a la puerta. Se apresuró, no fuera un proveedor y abrió, vistiendo únicamente un pantalón corto, sin camiseta, y luciendo su tatuaje como nadie. Ambos se quedaron mirándose a los ojos, Marcos la miraba, entre incrédulo y divertido, pero ninguno habló. Ari se adelantó dos pasos, él se retiró a un lado para dejarla pasar, aún sin pronunciar palabra. Ella se quitó las gafas de sol, las guardó en el bolso, se acercó a una de las mesas del comedor y soltó sus cosas; colgó el abrigo y agachó la cabeza. Cerró los ojos, fue una mezcla de decepción por no haber vivido realmente aquel día y pasión al ver a Marcos sin camiseta. Era espectacular. Notó un picor en la nuca y supo que él estaba detrás de ella.

—Dime que tienes merengue en la cocina —dijo Ari.

—Dos bandejas —contestó Marcos—. ¿Cómo lo sabes?

Ari sonrió y empezó a desabrocharse la camisa, aún de espaldas a él. Lo iba a hacer. Aquello tenía que ser una señal.

Marcos miraba cómo las manos de Ari se movían, no podía ser cierto: por fin, la bruja de Ari iba a caer rendida a sus pies.

—Eres una bruja —le dijo.

—Lo sé —dijo mientras se giraba, mostrándole sus pechos, rebosantes en un sujetador de encaje—. ¿Y qué piensas hacer? ¿Dime?

Marcos la miró, atónito, no podía ni moverse. Mucho menos articular palabra.

Ari se le acercó, despacito, puso las manos en sus caderas y acercó su

boca al cuello de él. Le besó allí, y Marcos se endureció al instante. Entonces reaccionó y acabó de retirar la camisa de ella.

—Pensaba que no ibas a moverte.

—No me esperaba esto... Yo... Creí que nunca iba a tenerte así.

—¿Así, cómo? —dijo ella, rozándose deliberadamente contra él.

—Maldita bruja... —dijo, levantándola por las caderas y acostándola encima de la mesa.

Y así fue como la bruja de los zapatos rojos rompió el hechizo e hizo realidad aquel sueño.

Helen C Rogue

Agradecimientos:

Esta historia no tendría razón de ser si una compañera de trabajo no me hubiera dado la idea. Lo que al principio se fraguó como un relato para una antología, que quedó en agua de borrajas, se convirtió en algo más largo y elaborado, que debía tener un poco más de protagonismo. Gracias Antonia Marín Padilla por la idea. Espero que los nombres de los personajes te hayan gustado. ;)

Muchísimas gracias a Olivia Ardey y Bela Marbel por su ayuda en la corrección.

A Laura Nuño por ponerme los puntos sobre las íes y darme collejas varias, y enseñarme tanto tantísimo (Te quiero muchísimo. Tengo unas ganas horribles de publicar YLLEMDF)

A D.W Nichols por soportar el incordio que supongo cuando quiero algo y lo quiero ya (muchísimas gracias por tus consejos y ayuda)

A Megan Maxwell por animarme a seguir adelante con mis historias (cuchu forever)

A Noelia Amarillo por darme la oportunidad de plantarme delante de un montón de gente por primera vez y permitirme sentirme especial por un día (ya sabes que te debo eso y muchísimo más)

A mi Yoli (Yolanda González) por estar siempre ahí.

Y a Cristina López (por fin me hiciste caso jajajaja)

A Ana García Jiménez (aún tenemos a medias la nuestra)

A Mireya Rubio, Laura Morales y Paula Alcalde por ayudarme con el booktrailer.

A todas las chicas de Facebook por los ánimos.

Pero en especial a Jonay, mi marido, por aguantarme la mala leche, por entretener a los niños mientras me ponía a escribir.

A mis padres, por llevarse a los niños también a ratitos.

A mi hermano, por insistir durante años para que leyera, (¡Por fin encontré mi género!)

Al resto de familia y amigos por aguantar la pesadez que supone a veces que esté hablando todo el rato de novelas y autores (soy una plasturria, lo sé)

Y a mi hijos (sois unos marranos y no me dejáis vivir!!!! pero os quiero muchísimo)

acerca del autor

Helen nació en Barcelona un caluroso día de Julio. Madre de dos hijos está casada desde los 19 y vive en un pueblo de montaña, de ahí que esté como una cabra. Apodada "pertur" por sus amigas facebookeras, decidió abrir un blog donde plasmar sus desvaríos y así nació " Reflexiones de una mente (un pelín) perturbada" donde además colabora con diversas editoriales reseñando sus novelas románticas y hace entrevistas interactivas a las autoras del momento.

Desde muy jovencita creaba historias que guardaba en una libreta, pero no fue hasta hace pocos años que volvió a entrarle el gusanillo de escribir, así participó en el I certamen Divalentis, donde escogieron sus dos relatos "Claveles rojos" y "Lluvia placentera" junto a otros 104 autores para publicar la antología 150 rosas. También fue una de las autoras elegidas bajo concurso para la antología Historias del dragón de Kelonia editorial con el relato "Pléyone y Atlante". Además participa de forma desinteresada en la antología solidaria "Por volver a verte sonreir" de la Editorial Universo, junto a grandes autores/as del género. También en 2013, también fue publicada en las antologías "Porciones del alma" con "La niña de piel aceituna" de Diversidad Literaria y "El libertino" en el concurso de Microrrelatos de cine Arvikis-Dragonfly. Colabora con la revista digital "La cuna de Eros" a la espera de acabar los algunos manuscritos que tiene en el cajón, tres de ellos con sus amigas Laura Nuño, Ana García Jiménez y Yolanda González. Actualmente tiene publicado en Amazon "La bruja de los zapatos rojos" que en apenas un día, consiguió colocarse en el número 2 de Ficción erótica a nivel nacional.